

## EL MAESTRO APARECE

Ese día, en cuanto cayó la noche, salí corriendo de mi casa. Agarré mi bicicleta y pedaleé lo más rápido que pude—o más bien, lo más rápido que pudo aguantar el pobre cacharro—. Atravesé a toda velocidad los caminos de tierra, llenos de agujeros que a veces alcanzaba a esquivar y otras veces me lanzaban con fuerza y me hacían botar de arriba a abajo, hasta que llegué al escondite.

Habíamos adaptado una cueva que encontramos en uno de los cerros a la orilla del pueblo y la convertimos como pudimos en un salón de clases. A base de excursiones al basurero conseguimos un par de sillas, un escritorio de trabajo e incluso piezas suficientes para armar un pequeño generador de electricidad (se sorprenderían de ver lo que la gente arroja a la basura). Teníamos que hacerlo así, a escondidas, porque después de la tercera guerra no estaba muy bien visto que la gente de los países de clase F estudiara. Había muchas restricciones, sin mencionar los altísimos costos.

La señorita May, que había sido estudiante antes de la guerra, era nuestra maestra—y, en cierta manera, la líder moral de nuestra pequeña pandilla—. Ella nos había enseñado todo cuanto sabía, y nos contagió su pasión por la lectura. Cada que podía nos traía algún nuevo material de cualquier disciplina. Algunas veces traía libros tan difíciles que ni siquiera podíamos entenderlos, así que mejor nos esperábamos al siguiente cargamento. «Esta vez he conseguido algo *mu*y bueno. Tienen que venir a verlo esta misma noche», nos había anunciado más temprano ese día a través de un mensaje de audio encriptado.

Llegué jadeando a la entrada del salón y moví la puerta de metal con trabajo. Adentro ya estaban Samer, Fawaz y Nour, quienes claramente estaban decepcionados de que yo no fuera May. En nuestra aula improvisada implementamos una rudimentaria instalación eléctrica: modificamos el generador que armamos para poder alimentarlo con biocombustible—que nosotros mismos fabricábamos—, y le conectamos unos focos y un ventilador para extraer el aire viciado. Añadimos unos conectores para clavijas y con eso alimentábamos lo que se fuera necesitando. El último aparato que conectamos fue un

3394 palabras

termostato que reparamos a partir de los restos que Nour encontró en una de las casas donde trabajaba limpiando, pues estábamos realizando un experimento de hidroponía.

Esa era otra de las razones por la que nos reuníamos por las noches: durante las mañanas debíamos trabajar para ayudar con los gastos de nuestras familias. Samer trabajaba en las instalaciones de cultivo de hongos y yo era asistente en una compañía chatarrera que recientemente había adquirido un austero sistema de reciclaje de metal y se veía en la necesidad de contratar manos adicionales para cumplir con los pedidos. Fawaz trabajaba en el basurero; así fue como ganamos acceso en primer lugar a lo que luego se convertiría en nuestra principal fuente de material didáctico. Llegaban desechos de todas las mega-ciudades de países de clase B y, en los días de mucha suerte, encontrábamos algo proveniente de un país de clase A. La primera vez que lo hicimos nos pusimos tan contentos que fuimos a toda velocidad al salón y armamos una fiesta, sólo para darnos cuenta que olvidamos llevar el cacharro con nosotros y que probablemente algún otro recogedor más listo ya lo había tomado y vendido por una buena cantidad de dinares.

La puerta de metal se levantó un poco.

— Chicos, voy a necesitar su ayuda con esto—. Era May, al fin.

Nos levantamos de un salto y en menos de tres segundos ya estábamos metiendo un par de pesados baúles en el salón. Nuestra maestra entró unos minutos después, tras pagarle al sujeto que le ayudó a remolcar la carga hasta allá. Fawaz y Samer querían abrirlo en ese momento, pero les pedí que esperáramos a que May regresara. Destapamos la caja más grande y sacamos todo su contenido. Cuando terminamos, el salón estaba repleto de todo tipo de piezas electromecánicas. Reconocí algunas: bocinas, motores, sensores de aceleración y de posición. Pero había otras bastante curiosas; las que más me sorprendieron fueron las que tenían forma de partes humanas. Aunque claramente artificiales, tenían un peso, rigidez e incluso textura muy similar a las de sus contrapartes reales. Regadas por el salón, le daban

a aquel espectáculo un tinte macabro. May se rio—supongo que a causa de ver nuestras expresiones de desconcierto—y finalmente decidió desenmascarar el misterio.

—Les conseguí uno de esos profesores androides, como los que salen en las películas. ¿Acaso no soy la maestra más genial que pudieron pedir? —.

Pasamos de la confusión a la incredulidad y de la incredulidad a la euforia en un mismo instante. ¡No era posible que tuviéramos un androide en nuestro propio salón! Y mucho menos uno tan avanzado, por la apariencia de sus componentes.

—Pero, ¿Cómo lo conseguiste?—preguntó Nour.

—Lo compré—respondió May, muy desfachatada.

—¿Lo compraste? ¿Dónde? ¡No creo que vendan algo así en ningún lugar cerca de aquí! ¡No creo que ni siquiera lo vendan en ningún lugar del país! — intervino Samer, exaltado.

May volvió a reírse, esta vez más fuerte.

—Digamos que tenía unos ahorros y decidí invertirlos en el androide. Me frustraba mucho pensar que ya no podía enseñarles nada, y a la vez me hacía sentir muy orgullosa saber que ya me habían rebasado. Así que decidí que éste sería mi regalo de graduación para ustedes. Este robot es capaz de enseñarles todo lo que necesitan para acreditar una carrera profesional, y él mismo puede otorgarles un certificado global que estará ligado a sus datos biométricos—.

Apenas podía creer todo lo que May nos estaba diciendo. Eso significaba que podríamos ser reconocidos como personas con un alto nivel de capacitación, en cualquier parte del mundo, tan sólo con pasar nuestra huella o nuestro iris por un lector. Podríamos darles una mejor vida a nuestras familias. Podríamos conocer todos esos adelantos tecnológicos que sólo veíamos en los videos de la red. Podríamos tener una voz audible para luchar por los derechos de nuestra gente. Era, en toda la extensión

del término, increíble. Los demás comenzaron a saltar de gusto. Yo, por lo abrumador de las nuevas, ni siquiera pude levantarme de mi silla.

Pasamos toda la noche armando al profesor. May insistió que volviéramos a nuestras casas a descansar, pero la emoción no nos permitió irnos. No nos detuvimos hasta que lo vimos completamente ensamblado, de pie en medio de aquel agujero en la montaña que habíamos tenido a bien hacer nuestro salón. Parado en medio del lugar, hacía que todo a su alrededor se viera aún más feo de lo que realmente era. Su cuerpo, liso y estilizado, no poseía ningún rasgo característico. Más que representar a un humano, a mí me parecía que representaba a la idea de un humano, como si fuera una persona proveniente del mundo ideal de Platón. Una luz verde parpadeaba en su frente, indicando que estaba listo para iniciar sus labores. Con una voz amable y ligeramente robótica, nos indicó su primera instrucción:

—¡Saludos! Para comenzar la clase, por favor colóquense los visores—.

—¿Cuáles visores?—respondió inmediatamente Nour, sin meditar mucho en la que sería su primera interacción con el profesor.

—Deben estar en la caja etiquetada como 9S—.

El entusiasmo nos había hecho ignorar las otras cajas que faltaban por desempacar. En efecto, encontramos cuatro visores en la caja 9S. Decidimos dejar la otra (marcada como 2B) cerrada hasta que el profesor nos indicara abrirla. Por la cantidad de visores, uno de nosotros tendría que quedar fuera de la lección. Como nadie se ofrecía de voluntario estuve a punto de proponerme, pero May se me adelantó en el momento preciso. «Les dije que éste era un regalo para ustedes, ¿No es cierto? Así que no hay problema si yo lo pruebo después».

Cuando encendimos los equipos de realidad virtual volvimos a quedarnos boquiabiertos por enésima vez en el día. Habíamos abandonado la triste cueva; ahora nos encontrábamos flotando en el espacio. Tan sólo por la impresión, Nour cayó al suelo de sentón. El profesor, quien ahora usaba un traje espacial, se acercó a ella y le tendió la mano, ofreciéndole su ayuda. Dio un tirón a su brazo y la hizo

volver a ponerse en pie. Nour se veía aturdida, probablemente más por la asistencia recibida que por el golpe que se llevó. Los demás pudimos presenciar toda la escena porque nuestros visores nos permitían seguirnos viendo entre nosotros. La única que no estaba presente en medio de aquello era May y debo admitir, con vergüenza, que no la extrañé sino hasta mucho tiempo después de que hubo empezado la sesión.

El profesor empezó su cátedra:

—Si voltean hacia abajo tal vez puedan distinguir un pequeño punto azul. En este momento nos encontramos flotando a unos cien kilómetros por encima de la Tierra, pero me gustaría proponerles viajar un poco más allá de nuestro vecindario. ¿Les gustaría ir a conocer otras galaxias?—Al unísono gritamos que sí y salimos disparados hacia rincones muy remotos del universo. Nos detuvimos en Andrómeda y allí platicamos de las leyes de Kepler y de las teorías de la gravedad y la relatividad (en sus versiones general y especial). Diseñamos un mecanismo de simulación de gravedad y calculamos la energía que tomaría impulsarlo. Discutimos acerca de los efectos psicológicos adversos que pueden tener los viajes espaciales y de las implicaciones éticas del uso de androides en labores de exploración estelar.

Después de mucho argumentar y tomar notas en los pizarrones virtuales, el profesor indicó que era hora de terminar la sesión de ese día. “Ya es necesario que recargue mis baterías, y veo que también es el caso de ustedes», bromeó, mientras desactivaba la realidad virtual. La noche ya estaba muy avanzada; nos dimos cuenta cuando vimos a May rendida sobre el escritorio, durmiendo de manera incómoda. La despertamos y nos despedimos del profesor, quien ya se había conectado en una de las esquinas a su puerto de carga. El amanecer nos alcanzaría muy pronto, así que partimos a nuestras casas para conseguir dormir por lo menos un par de horas.

Nos reunimos al día siguiente en cuanto terminamos nuestras jornadas. Ninguno mostraba signos de cansancio, sino todo lo contrario: nos abalanzamos sobre los visores en cuanto abrimos la puerta. El profesor se incorporó en el momento en que los encendimos.

—¡Bienvenidos Fawaz, Samer, Nour y Abu-baker! Espero que hayan descansado bien porque hoy nos aguarda mucho trabajo. Esta vez hablaremos de biología, así que tendremos que salir del salón. ¡Acompañenme!—. Salimos al cerro y empezamos a buscar especies locales de plantas. El profesor usó la cámara-microscopio que tenía integrada en sus ojos para mostrarnos en los visores la estructura celular de las hojas que recogíamos y se veía tan entusiasmado que empecé a preguntarme si un androide podía tener temas favoritos. May, en cambio, estaba algo nerviosa; yo supuse que le daba miedo que se dañara el profesor.

Así transcurrió el resto de la semana, hablando de álgebra lineal, de surrealismo, de filosofía continental y de computadoras cuánticas. El domingo May tuvo que obligarnos a ir a descansar por miedo a que *se nos fundiera el cerebro*. Invité a los chicos a mi casa y pasamos la tarde jugando fútbol. En algún momento Fawaz echó a reír; se había imaginado cómo se vería el profesor corriendo tras la pelota.

—Quizá sería una buena idea invitarlo la próxima vez— le dije, y reí junto con él.

Nos entretuvimos tanto que olvidamos por completo la tarea de la semana (la primera que nos ponía el profesor): reunir botellas de plástico. Iba a enseñarnos los procesos necesarios para reciclarlas y nos prometió que si llevábamos las suficientes nos mostraría cómo construir algo muy interesante. Cuando nos acordamos ya era muy tarde, no pudimos juntar sino poco más de una docena.

Apenados por no cumplir nuestra promesa, llegamos al salón el lunes sin saber que el profesor tampoco podría cumplir la suya. Desde el momento en que vi la puerta de metal arrancada de sus bisagras supe que algo terrible había sucedido. May estaba adentro, visiblemente maltratada y derribada en el suelo; El profesor, destrozado y desperdigado por todo el salón. Muchos cables habían sido arrancados y en donde antes estaba la mitad izquierda de su rostro ahora había un enorme hueco.

—P...pero ¿Que rayos pasó aquí?—Samer fue el único que pudo articular una pregunta. Nour corrió al lado de la maestra y le ayudó a incorporarse. Entre sollozos, nos explicó que unos agentes de la policía local eran los responsables.

—¡Infelices! ¡Nosotros no les hemos hecho nada! ¿Qué se creen esos idiotas?—La ira salía como espuma de la boca de Fawaz. May se puso muy seria y, después de reflexionar un minuto, tuve que hacerle una pregunta:

—El androide, May... lo compraste, ¿Cierto?

Ya no pudo contener las lágrimas.

—Era... estaba muy caro ¡Con mis miserables ahorros no podría comprar uno jamás! Pero tampoco podía quedarme cruzada de brazos y esperar a que este estúpido pueblo les sorbiera el talento y las ganas de vivir, como a todos los demás. ¡No era justo!... no era justo.—Nour la sostuvo y apretó el abrazo.

May nos contó que en verdad había reunido todos sus ahorros, pero los había usado para pagarle a un contrabandista—el sujeto que trajo las cajas el primer día—. El profesor, al subir nuestros datos biométricos a la nube, sin quererlo debió activar algún módulo de geolocalización. Los policías del pueblo, conocidos más por su intransigencia que por su interés en la tecnología, al dar con el equipo robado decidieron destruirlo y reportarlo como perdido a tener que tomarse la molestia de localizar a quién sabe qué distribuidor de quién sabe qué compañía y verse en la penosa tarea de llenar una cantidad infinita de papeles, en especial porque así también nos darían una lección acerca de nuestras propias aspiraciones. Un sentimiento difícil de describir me invadió y salí del salón. Debí haberlo hecho muy rápido, pues los demás me preguntaron a dónde iba hasta que ya estaba a varios metros de la entrada.

—El sol aún no se pone—grité.—¡Voy a recoger botellas de plástico!—Al poco tiempo todos estábamos involucrados en esa misión. Juntamos más de 150 botellas esa tarde.

Fue muy difícil regresar al salón. Recolectamos todas las piezas, ahora inservibles, cuidando que no se nos fuera a extraviar ninguna. Los visores estaban intactos porque nos los habíamos llevado a nuestras casas para curiosear, pero era muy poco lo que podían hacer sin los códigos de comando del profesor. Nos repartimos los restos y yo pedí quedarme con la cabeza, la coloqué en una mesita junto a

3394 palabras

una ventana de mi casa donde solía revisar los ejercicios que veíamos en clase. No quería olvidar lo que habíamos tenido durante esa mágica semana. A mi familia sólo le tuve que explicar que aquello era un proyecto de electrónica que había armado con los muchachos y todos quedaron contentos (a excepción de mi madre, a quien su apariencia le parecía horrible).

Volvimos a la rutina con el ánimo por los suelos. A Samer casi lo despiden porque un contenedor entero de hongos estuvo a punto de echarse a perder a causa de un descuido suyo. Lo que nos habían arrebatado sería muy difícil—si no imposible—de recuperar. Tardamos un mes en siquiera reunirnos de nueva cuenta en el salón.

Entonces, una noche en la que desperté para servirme un vaso de agua, noté que una débil luz ámbar parpadeaba a intervalos irregulares cerca de la ventana. Cuando me acerqué me di cuenta que provenía de uno de los trozos de la frente del profesor. Supuse que alguna energía residual había quedado almacenada y ahora se escapaba a través de la lucecita. Por pura curiosidad, saqué el visor de su caja y me percaté que también tenía una luz ámbar parpadeante. Me asomé a la placa de proyección sin colocármelo completamente en la cabeza y pude distinguir claramente dos símbolos solitarios brillando en el espacio vacío: 2B.

Yo sabía que había visto ese código en algún lugar. ¡Por supuesto, la caja extra! ¿Qué hicimos con ella? No recordaba si la movimos cuando recolectamos los despojos ni si la abrimos en alguna ocasión. En ese mismo momento les envié un mensaje a los demás con una foto de la pantalla de mi visor, preguntándoles si tenían idea del paradero de la caja 2B, y como ninguno me supiera contestar decidimos que sería mejor ir al salón y echar un vistazo directamente allí. Fawaz, que fue el primero en llegar, la estaba sacando del fondo de la cueva cuando entré.—Seguro que esos brutos ni siquiera sabían qué estaban buscando y sólo destruyeron al profesor por diversión—me dijo, mientras retirábamos la tapa. Adentro encontramos un dispositivo etiquetado como «TERMINAL DE DIAGNÓSTICO». De su parte inferior salía un conector que se semejaba a los que estaban en la nuca del profesor. En el tiempo que me tomó ir a mi casa y volver con la cabeza llegaron Samer y Nour.

3394 palabras

La contraparte del conector estaba aún presente en lo que quedaba de la nuca, aunque un par de filamentos estaban dañados. Lo abrimos y soldamos los cables que estaban en mal estado. Supimos que funcionó cuando la terminal emitió un pitido después de enchufarla al conector reparado. De pronto se empezó a desplegar código en la pantalla de la misma a gran velocidad. Así estuvo por varios minutos y cuando por fin se detuvo arrojó los resultados del diagnóstico:

«INTEGRIDAD DE COMPONENTES ELECTROMECAÑICOS COMPROMETIDA. DAÑO ESTIMADO: 85%. PROCEDIMIENTO SUGERIDO: FABRICAR SUSTITUTOS DE COMPONENTES DAÑADOS USANDO CONTENIDO DE CAJA 2B»

«SISTEMA OPERATIVO FUNCIONAL. DAÑO ESTIMADO A SECCIONES DE MEMORIA: 15%. PROCEDIMIENTO SUGERIDO: REINICIAR SISTEMA PARA REASIGNAR LOCALIDADES DE MEMORIA»

Entonces la tableta comenzó el proceso de reinicio automáticamente. Yo me quedé perplejo, pues no entendía cómo podríamos cumplir la orden de «fabricar» los sustitutos. Entre tanto, Nour y Samer encontraron que aún había muchas más cosas dentro de la caja 2B. Cuando terminamos de desempacarlas, el mensaje en la terminal de diagnóstico había cambiado al siguiente:

«¡Que tal, muchachos! Creo que sufrí un desperfecto ¿No es así? Les agradecería mucho que me repararan, no es divertido quedarse sin cuerpo de repente. En la caja 2B encontrarán una impresora 3D e instrucciones para fabricar la materia prima para la misma. Van a necesitar muchas botellas de plástico, así que espero que hayan hecho su tarea ;)»

Durante el mes siguiente empleamos todas nuestras tardes y fines de semana (excepto cuando May nos recordaba que debíamos reposar) en triturar y fundir el plástico, en imprimir las piezas y en interpretar los planos de conexión. Rescatamos lo que pudimos de los restos del cuerpo anterior y juntándolo con los repuestos de la caja 2B logramos construir uno nuevo. Lo conectamos al puerto de

carga y lo encendimos, temerosos de haber echado a perder algo realmente importante en el proceso de reparación. El profesor se incorporó frente a nosotros, tal como lo había hecho el primer día.

—¡Caramba, no esperaba pasar tanto tiempo fuera de combate! ¿Alguien quiere explicarme qué fue lo que pasó?—

Todos soltamos una carcajada tan escandalosa que incluso lo contagió a él. Cada quien narró una parte de lo sucedido, omitiendo los detalles escabrosos. Luego el profesor se quejó, pues según él recordaba ser un poco más alto y apuesto antes de que lo reparáramos y Fawaz le respondió que lo habíamos dejado así como venganza por encargarnos tarea. May estuvo todo el tiempo riéndose de nuestras bromas.

Al finalizar la sesión, el profesor se acercó a mí (con un poco de dificultad, pues aún estaba acostumbrándose a su nuevo cuerpo) y me dio unas palabras de agradecimiento. Después me reveló algo más:

— ¿Sabes algo, Abu? Tal vez nunca sepa exactamente qué fue lo que pasó, pero siempre estuve seguro de que me traerían de vuelta. Pude verlo en ustedes desde la primera clase: estaban listos. Y ya sabes lo que dice el antiguo proverbio: «Cuando el alumno está listo...»—

Hizo una pausa y yo sonreí, pues sabía muy bien cómo terminaba esa frase.